

En Córdoba apareció en el año 1157; pero así él como los judíos que le proclamaban, lo pagaron, según dice el mismo Feijó.

VIII.

Enrique de Tolosa.

(MURIO AÑO 1149 DE N. S. JESUCRISTO.)

El suplicio de Pedro Bruys no fué bastante para acabar con su secta, pues algunos años más tarde un antiguo amigo y discípulo suyo llamado Enrique, se encargó de continuar la obra de su maestro.

La pobreza de los Apóstoles era su bello ideal, y vestido de penitente, con los pies descalzos y armado de un gran bastón, terminado por una cruz, recorría las ciudades y los pueblos, atrayéndose la admiración de las muchedumbres su aspecto y su elocuencia.

Mientras Enrique predicaba en esta forma la

verdadera doctrina, los Prelados celebraban, como era natural, su llegada, esperando que su presencia y su palabra contribuirían á despertar el espíritu religioso; pero al poco tiempo comenzó á predicar contra el clero, calumniándolo con toda vehemencia, especialmente en Mans que solo las autoridades pudieron librar á los sacerdotes de los furros de una muchedumbre agitada por las excitaciones de Enrique.

Excomulgado, y éxpulsado de Mans con este motivo, se dirigió entónces al Mediodía de Francia, donde conció á Pedro Bruys, á quien se unió para no abandonarle más, y en compañía del cual sostuvo en aquel país una agitación continua, hasta que, acusado de hereje por el obispo de Arlés, ante el Concilio de Pisa, fué condenado á permanecer bajo la vigilancia del Abad de Claraval.

Al poco tiempo recobró Enrique la libertad, y comenzó de nuevo en Tolosa y sus alrededores á reclutar partidarios con tanto éxito, que, según San Bernardo, "las iglesias se quedaron sin fieles, los pueblos sin sacerdotes y los sacerdotes sin prestigio; se tenía horror á las iglesias como si fueran sinagogas; eran detestados los Sacramentos, y dejaron de celebrarse los días de fiesta."

El fanatismo que aquel hereje supo infundir á los que le siguieron fué tal, que el Cardenal Alberico, enviado por el Papa Eugenio III para calmarlos, fué recibido con desprecio por el populacho. Sin embargo, las cosas cambiaron de aspecto cuando llegó San Bernardo, pues con su presencia y su palabra atrajo á la iglesia á la extraviada multitud.

Enrique huyó de la ciudad ántes que entrase en ella San Bernardo; pero fué detenido y entregado al obispo de Tolosa, que le condujo al Concilio de Reims, convocado por el Papa en 1148, y convicto de herejía se le condenó á prisión perpétua, y murió en la cárcel el año 1149.

IX.

Arnaldo de Brescia.

(MURIO AÑO 1155 DE N. S. JESUCRISTO)

Al turbulento reinado de Enrique V siguió una tregua de paz para la Iglesia bajo los em-

peradores Lotario II y Conrado III; pero el infierno suscitó una nueva guerra contra el Pontificado; la guerra política iniciada por Arnaldo de Brescia.

Siendo este hombre funesto profesor (*lector*) en la ciudad que le dió su nombre, oyó hablar de la ciencia de Abelardo, y se dirigió á Francia para oír sus lecciones. Entusiasmado Arnaldo por el atrevimiento con que el filósofo enunciaba sus doctrinas, pretendió aplicar su sistema á la Iglesia, creyéndose llamado á reformarla. Con este fin volvió á Italia, adoptó un género de vida severo, y se hizo monje.

Pareciéndole, en su sistema de reforma, que el poder de los Papas no podía conciliarse con la libertad que él quería devolver á Roma y á la Iglesia, aspiró á restablecer en la Ciudad Santa la forma de gobierno de los paganos, y se constituyó propagador de las ideas republicanas y de reforma, comenzando por sembrar la discordia entre el clero y el pueblo de Brescia. El Obispo de la diócesis se quejó al Papa Inocencio II en un Concilio celebrado en Roma, y Arnaldo, condenado á guardar silencio, huyó al lado de Abelardo. Entónces fué cuando le conoció San Bernardo, que comparaba su palabra á la miel, su doctrina al veneno, y su perso-

na á una paloma si se le miraba por delante, y á un escorpeon si se le veía por detras.

Más tarde Arnaldo huyó á Zurich, y en 1114, cuando creyó llegado el momento de realizar sus planes demagógicos, se dirigió á Roma, donde con sus discursos inflamó al pueblo sublevado contra el Papa Luis II.

Arnaldo de Brescia peroraba principalmente contra la soberanía temporal de los Papas, contra los bienes eclesiásticos y contra las riquezas del clero. "Todos estos bienes, decía, no pueden pertenecer más que á los príncipes seculares, que solo han de disponer de ellos en favor de los legos. El clero debe vivir de los diezmos y ofrendas voluntarias del pueblo, y el Papa, despojado de sus dominios, ha de contentarse con los dones espontáneos de los fieles y acuparas únicamente de la jurisdiccion eclesiástica."

Además predicaba contra el Bantismo y la Eucarestía, enseñando sus errores á una turba de libertinos que le seguía, y que cometía por todas partes los mayores atentados. Sus arengas incendiarias sedujeron de tal modo á una parte del pueblo, y sobre todo á la juventud, que se restablecieron los nombres de república, ciudadano romano, comicios, tribuna y foro; se creó un Senado, Jordano recibió el título de pa-

tricio, y los facciosos proclamaban que los romanos iban á ser por segunda vez señores del mundo.

El reinado de esta locura duró diez años, bajo los pontificados de Inocencio II, Celestino I I, Lucio II, Eugenio III, Anastasio IV y Adriano IV.

Los sediciosos cometieron en aquel período de tiempo los mayores excesos. El Papa Lucio II fué muerto de una pedrada en el ataque del Capitolio; el mismo Arnaldo desencadenó al pueblo contra los Cardenales, que fueron insultados, maltratados y heridos por una multitud frenética, y el Pontífice Eugenio III, sucesor del mártir Lucio II, tuvo que huir de Roma. Finalmente, el asesinato de un Cardenal, consumado en medio de las calles de la ciudad, decidió al Papa á lanzar el interdicto sobre la capital del mundo cristiano, eligida por primera vez con un castigo de este género.

Entónces fué cuando San Bernardo escribió á los romanos aquella célebre carta en que combate el error de los enemigos del poder temporal. "¡Insensatos!" les dice, ¡por qué provocais contra vosotros al Rey del universo, Señor del cielo, esforzándoos con vuestra rebelion y sacrilega audacia por destruir los privilegios de la

Sede Apostólica, por disminuir la autoridad suprema que *el cielo y la tierra* le han concedido, en vez de ser los primeros y más ardientes defensores de su dignidad? ¿Teneis tan poco entendimiento que os atrevais á deshonrar á vuestro Jefe y al de toda la Iglesia, vosotros, que si fuera necesario debiais sacrificarle vuestras propias vidas? Vuestros antepasados hicieron á vuestra ciudad señora del mundo: vosotros, por el contrario, os esforzais para que sea la befa y el desprecio del mundo. Vosotros arrojaís de su Silla y de su ciudad al heredero de Pedro, y despojais de sus bienes á los Cardenales y á los Obispos. Pueblo insensato, paloma seducida y sin inteligencia; si formas un cuerpo, ¿no es el Papa su cabeza y los Cardenales sus ojos? ¿Qué es hoy Roma si no un cuerpo sin cabeza, sin ojos y sin luz? Pueblo desventurado, abre tus ojos y mira la desolacion que te amenaza (1).”

Convencido al fin el pueblo de esta verdad, y desacreditada la democracia por sus propios excesos, Roma volvió los ojos al Padre Santo, y el pueblo y el Senado prometieron arrojar á Arnaldo de la ciudad.

(1) S. BERNARD, *Epist.*, 143,

Arnaldo se refugió en un castillo perteneciente á un noble de la Campania.

El emperador Federico I, que se dirigia entonces á Roma para recibir la corona, se apoderó del protector de Arnaldo; y éste, á fin de librarse, entregó al monje hereje y sedicioso.

Finalmente, puesto Arnaldo en manos del prefecto de Roma, fué condenado y ahorcado. Su cadáver fué quemado y sus cenizas arrojadas al Tíber, mientras los romanos se presentaban ante el Pontífice Adriano IV (1).

X.

Martin, hereje ruso,

(MURIO AÑO 1157 DE N. S. JESUCRISTO)

A mediados del siglo XII inauguró la historia de las herejías en Rusia un monje armenio

(1) RICARD: *Fin tragique des persecuteurs de l'Eglise*, parte 3.ª cap. III.—MORERY: *Dict. hist.*

llamado Martin; pues aunque anteriormente en el siglo XI y principios del XII aparecieron en aquel vasto imperio los herejes Andrés y Dimitry, sus heréticas doctrinas pasaron, como ellos, muy en breve.

Pero Martin, no solo logró atraerse un gran número de partidarios; sino que perpetuó en cierto modo su doctrina, pues los herejes del Mar Negro llamados Raskolaiks, apoyan todavía sus creencias en las de aquel hereje, y aún existen muchos ruses amantes de sus antiguas tradiciones religiosas, que profesan varias proposiciones fundamentales de Martin.

El sistema de fundar su cisma en innovaciones de poca importancia, que adoptó el hereje ruso siguiendo el ejemplo de Focio y de Cerulario, le produjo buen resultado; con tanta más razón, cuanto que el pueblo ruso, por su grosera ignorancia y su rencoroso farisaidismo contra la Iglesia católica, estaba dispuesto á recibir la herejía.

Martin consideraba como pecado, en un libro escrito por él, que se condujera al catecúmeno alrededor del baptisterio, y á los esposos al redor del facistol en direccion de Sur á Norte, en vez de Norte á Sur y de izquierda á derecha, segun el curso del sol, y sostenia que la señal

de la cruz debía hacerse con el segundo y tercer dedo, so pena de incurrir en herejía, y que al final de los Salmos solo debía decirse dos veces *Alleluia*. Entre estas y otras inocentes extravagancias, sostenia Martin un error gravísimo, porque solo admitia una naturaleza en Jesucristo.

Los progresos de la doctrina de este hereje llamaron al fin la atencion de la Iglesia griega, que convocó en 1157 un Concilio en Kiew, donde fueron condenados los errores de Martin. El hereje fué entregado al patriarca de Constantinople, que le condenó á la hoguera y le hizo quemar.

XI.

Felicio I. Barbaroja, emperador de Alemania.

(MURIO AÑO 1190 DE N. S. JESUCRISTO.)

Dotado de gran valor y de carácter magnánimo, pero dominado por una insaciable ambi-

cion de mando, ascendió Federico I al imperio, por muerte de su tío Conrado III.

Los príncipes le eligieron con la condicion de que conciliaria los dos partidos que turbaban la paz pública y restauraría el esplendor del imperio, tan decaido bajo el reinado de su predecesor. Federico consiguió lo uno y lo otro; pero el espíritu invasor de su política, encaminada á la dominacion universal, renovó las guerras con la Santa Sede, y tuvo á Europa en una agitacion continúa.

Su primer cuidado fué pacificar la Alemania y despues pasó á Italia, donde recibió la corona de hierro. En este viaje sujetó algunas ciudades rebeldes contra él; asaltó á Cremona y Spoleto, tomó y arrasó á Tortona, que le cerró las puertas, obligó á Verona á que le reconociera, hizo que Tivoli se sometiera á la Iglesia y sitió á Milan, ocupando sus arrabales, porque aspiraba á la dominacion de la Lombardia. Al año siguiente, estando en Besangon, recibió á los Legados del Papa Adriano, que le entregaron una carta de éste, en que le rogaba pusiera en libertad á un Obispo inglés detenido en Alemania. El Papa le recordaba en esta carta, para inclinarle á ceder á su ruego, que el año anterior le habia dado la corona imperial,

Estas palabras irritaron al Emperador, y contestó, lleno de cólera, que él solo debia la corona á Dios y á la eleccion de los príncipes. Con este motivo prohibió á todos sus súbditos que fueran á Roma, y desde entónces comenzó á revelar su plan de dominacion universal, que redujo á esta fórmula: "Confirme el Papa la legitimidad de todas mis conquistas, y el mundo será un solo imperio, del cual será él jefe espiritual y yo señor temporal."

El Papa le envió nuevos Legados con otra carta en que explicaba las palabras de la anterior, y, gracias á su prudencia, se evitó por entónces un rompimiento.

Ya antes de su viaje á Roma habian ocurrido dificultades sobre la libertad de las elecciones episcopales, decretada por el Concordato del Papa Calixto, demostrando entónces Federico I que no reconocia otro derecho que su voluntad, y posteriormente, al iavitar á los soberanos á la Dieta de Besangon únicamente como jefes de las provincias de sus vastos dominios, reveló que tenia del imperio, cuya corona llevaba, una idea tan exagerada como la que tuvieron los antiguos romanos de su monarquía universal.

A propósito de esto se cuenta que viajando en cierta ocasion el Emperador con Bulgaro y

Martin, doctores en Derecho, les preguntó si era de derecho señor el mundo. Bulgaro respondió que no lo era sino de hecho; y Martin apostuvo lo contrario. Entónces el Emperador, apeñándose de su caballo, se lo regaló á Bulgaro. Al ver Martin la acción del Emperador, le dirigió este juego de palabras: *Amisi equum, quia dixi equum quod non fuit equum*. Esto es: "Perdí el caballo porque dije que es justo lo que no es." El Emperador reconoció la justicia del dictámen de Bulgaro, pero no tuvo valor para seguirle. Así sucede á todos los ambiciosos.

Para legitimar sus pretensiones reunió una Dieta en Roncaglia, que anuló todas las donaciones hechas á los Romanos Pontífices, dió una gran extensión á las regalías, y proclamó el tiránico principio de *quod principi placuit legis habet vigorem*.

Estos acuerdos, tan contrarios á los derechos y libertades de la Iglesia y de los lombardos, hicieron inevitable la guerra con la Santa Sede, y mucho más cuando Federico, en virtud de aquellos principios, reivindicó el derecho á la sucesion de la princesa Matilde, y dió la investidura al duque Güelfo, quebrantando las condiciones del Concordato de Calixto; pero el

Papa Adriano IV murió antes que estallase la guerra.

En aquellas circunstancias todo era preferible á una guerra entre el sacerdocio y el imperio, porque el sacerdocio tenia harto que hacer con reformarse, segun el espíritu de San Bernardo, y la mision del imperio era otra muy distinta, esto es, contener la corriente de las ideas de Arnaldo de Brescia, combatir á los bárbaros, oponerse á los progresos en el E. de Europa, sujetar á los normandos en la Italia Meridional, y emplear todas sus fuerzas en combatir á los sarracenos, que querian llevar la guerra al centro mismo de Occidente.

Sin embargo, Federico I prefirió á estas empresas que le hubieran ganado impercedera gloria, otras que atrajeron sobre él las divinas venganzas, cuales fueron las de combatir al Pontificado, favorecer la realizacion de los proyectos de los infieles, é impedir se vieran cumplidas las aspiraciones del mundo cristiano.

A la muerte de Adriano IV, los Cardenales y los Obispos eligieron al cardenal Rolando, y el clero y el pueblo aprobaron su eleccion, dándole el nombre de Alejandro III (1); pero las ia-

(1) *Art. Pap. Alex.*

trigas del comisario imperial Othon, conde de Wittelsbach, dieron lugar á una segunda eleccion en favor del cardenal Octaviano, que se llamó Víctor IV.

El Emperador se arrogó el derecho de decidir entre el Papa y el antipapa, y, como era natural, su resolucion fué favorable á este último, tratando en seguida de imponer su hechura á toda la cristiandad.

Los lombardos se declararon por el usurpador; pero la Europa occidental fué reconociendo poco á poco á Alejandro III, sobre todo despues del gran Concilio de Tours, y desde entónces en Italia y en el resto de Europa se miró á Barbaroja como á un tirano y perseguidor.

El emperador impuso por la fuerza su voluntad desde el Báltico al Tíber, y la guerra se renovó en Italia con más encono que nunca.

El día 30 de Mayo del año 1167 los romanos fueron completamente derrotados; el Padre Santo tuvo que huir disfrazado de peregrino, y el Emperador instaló en Roma al antipapa Pascual III, elegido por los cismáticos, y á quien prestó despues su decidida apoyo. Los alemanes desahogaron su furor en Roma y sus alrededores con tal encono, que Federico de Ro-

themburgo, sobrino del mismo Emperador, incendió la basílica de San Pedro.

El día 1.º de Agosto, Federico I se hizo coronar de una manera legítima en la iglesia de San Pedro *ad Vincula*, á pesar de que la víspera de su coronacion diezmó al ejército una mortandad tan horrible, que apenas pudo darse sepultura á todos los cadáveres. Federico orneó entónces la retirada, huyendo con el resto de sus tropas, desguadas como las de Senaquerib. La mano de Dios le persiguió todavía en la fuga, causándole millares de víctimas. Los historiadores dicen que murieron en esta peste 25,000 hombres, y entre ellos Federico, sobrino del Emperador, y varios príncipes y Obispos que le eran adictos.

La hora de la justicia habia sonado para Federico, que recibió de la liga lombarda el golpe decisivo en la batalla de Legnano, viéndose obligado á marchar á Venecia para postrarse á los piés del Papa y pedirle la absolucion. Esta reconciliacion entre la Santa Sede y el imperio, se verificó el 24 de Junio de 1177, y el 1.º de Agosto se firmó la paz.

Con el tiempo Federico tuvo nuevas desavenencias con los Papas Lucio III y Urbano III, porque le exigieron restituyese á la Santa Sede

los Estados cedidos por la condesa Matilde, y le prohibieron que á la muerte de los Obispos y abades, retuviese los bienes y rentas de los obispados y abadías sin nombrar otros en su lugar.

Urbano III, Gregorio VIII y Clemente III, que gobernaron sucesivamente la Iglesia, resolvieron excomulgarle, pero disimularon por prudencia.

Por último, Federico Barbaroja, que afligió á la Iglesia durante el pontificado de seis Pontífices, á saber: Adriano IV, Alejandro III, Lucio III, Urbano III, Gregorio VIII y Clemente III, murió ahogado en el rio Cidna, en Sicilia, que se empeñó en atravesar á nado, á pesar de sus sesenta años de edad, cuando se dirigia á Palestina al frente de los cruzados (1).

El excelente *Diccionario de Teología católica* de Wetzer y Welte, hablando de su muerte, dice lo siguiente:

“Federico no debía de pisar la tierra de promision; pero, más desgraciado que Moisés, ni

(1) MORERY: *Dict. historiq ue.*—RICARD: *Œm tragique des persecuteurs de l' Église*, parte 3^a cap. V.—Blois epist. 172, edicion 1667.

áun le fué dado verla. El historiador no puede ménos de reconocer en esta muerte súbita y sin gloria, un justo juicio de Dios y un castigo de las persecuciones con que Federico afligió á la Iglesia, persecuciones que nunca han sido prósperas á nadie, ni en la antigüedad ni en los tiempos modernos.”

De esta manera quedó burlado el vaticinio de Barbaroja, cuando dirigió al Papa los siguientes versos:

*Roma diu titubans, varisque erroribus acta
Corruet, et mundi desinet esse caput.*

A lo que el Papa contestó con los siguientes:

*Nitoris inossam navem dissolvere Patri,
Fluet; ast nunquam mergetur illa ratis (1).*

(1) SOTTO-MAYOR: *A Egreja catholica romana á os seus perseguidores*, cap. V, pár. 3^o

XII.

Octaviano, Cardenal de la Iglesia romana, y antipapa
bajo el nombre de Victor IV.

(MURIO AÑO 1164 DE N. S. JESUCRISTO.)

Seis días despues de la muerte de Sumo Pontífice Adriano IV, los Cardenales y los Obispos eligieron al Cardenal Rolando, cancelario de la Iglesia romana, que tomó el nombre de Alejandro III, y fué aclamado por el clero y pueblo;

No obstante, surgió un nuevo cisma, cuyo origen refiere Berault-Bercastel en los términos siguientes:

“Solo hubo tres Cardenales que no le dieron el voto, á saber: Octaviano, Juan de Morson y Guido de Crema; los tres eran sacerdotes y bastante temerarios para intentar nombrar por sí solos á Octaviano. Los que habian elegido á

Alejandro se dieron prisa á revestirle de la capa de escarlata, que era el traje peculiar del Sumo Pontífice, y la señal de la investidura del pontificado. Alejandro resistió y huyó por la iglesia, protestando humildemente su indignidad; pero consiguieron al fin revestirle. Batúaces Octaviano, abandonándose á su despecho, arrancó la capa de los hombros de Alejandro; más un senador, indignado, la arrebató de entre sus manos. Octaviano, que habia previsto la escandalosa escena á que iba á dar lugar su osadía, tomó otra capa, que hizo llevar anticipadamente, y se la revistió con tal precipitacion, que lo de adelante se lo puso atrás, por lo que le llamaron, con grandes carcajadas, el Papa al revés. Mas no tardó en suceder lo trágico á lo burlesco, pues abriéndose de repente las puertas de la iglesia, entró tumultuosamente mucha gente armada con espada en mano nombrando á Octaviano Victor IV. El Papa Alejandro y los Cardenales que le habían elegido, pudieron con dificultad entrar en la fortaleza de la iglesia; aun allí fueron inmediatamente atacados por gente armada, y la fortaleza fué para ellos una prision, de donde salieron únicamente para ser trasladados á otra más estrecha al otro lado del Tiber.

“Entre tanto, toda la ciudad se puso en conmoción: hasta los niños gritaban contra Octaviano; las mujeres le llenaban de injurias y le ajaban con canciones satíricas, no olvidando en ellas el modo ridículo con que se había puesto la púrpura (1).

Los cismáticos, cediendo ante la actitud del pueblo, pusieron en libertad al Papa y á los Cardenales, que se retiraron á los dominios del rey de Sicilia; y Octaviano, despues de haber invertido un mes en buscar Obispos que le consagraran, lo fué al fin por el obispo de Túsculo, con asistencia de los de Melfi y Ferento.

El orbe cristiano reconoció al Papa legítimo, más Federico I, Barbaroja, Emperador de Alemania, apoyó al antipapa con su autoridad, le instaló en Roma por la violencia, y trató de imponerle al mundo por la fuerza.

Uno y otro pusieron en juego toda clase de intrigas para consolidar el cisma, y celebraron conciliábulos en Pavía y Lodi, citando ante ellos á Alejandro III, á quien condenaron por contumaz.

(1) *Historia general de la Iglesia*, traducida por Baldo, lib. XXXVII.

El Episcopado y el clero, que sostuvieron con inquebrantable firmeza la autoridad del Papa legítimo, fueron perseguidos con encarnizamiento. El Emperador fomentó las facciones romanas la poderosísima familia de Octaviano estrechó á Alejandro, hasta el punto de obligarle á salir de Roma, y el usurpador se posesionó del patrimonio de San Pedro, y despojó y encarceló á cuantos trataban de presentarse al Padre Santo.

Finalmente, el Same Pontífice, acosado en todas partes por la facción de los cismáticos, tuvo que dejar á Italia y refugiarse en Francia.

Octaviano, despues de haber ejercido en Roma una dominacion tiránica durante los cuatro años que duró aquel cisma, murió loco en Luca. Los canónigos de la ciudad no consintieron que los restos mortales del antipapa fuesen enterrados en su iglesia (1).

(1) Roderic, lib. II.—OTHON DE FRISINGA; *De reb. Frid.*—BARONIUS, in *Ann.*, título XII.

XIII

Guido de Crema, Cardenal de la Iglesia romana, y antipapa bajo el nombre de Pascual III.

(MURIO AÑO 1170 DE N. S. JESUCRISTO.)

La muerte del antipapa Octaviano, llamado Víctor IV, y la esperanza de que el Emperador prohibiera la eleccion de un nuevo antipapa, como en efecto lo hizo, animaron por extremo al orbe cristiano; pero los cismáticos apresuraron la eleccion ántes de recibir las cartas del Emperador que esperaban y el cardenal Guido de Crema, bajo el nombre de Pascual III, vino á sustituir al antipapa que acababa de morir.

El Emperador, posponiendo entónces el prestigio de su autoridad y su indomable voluntad al ódio que profesaba á la Santa Sede, y muy especialmente al Papa legítimo, aprobó al fin la eleccion que habia prohibido; y mostrando en

perjuicio de la Iglesia una firmeza de que no habia dado pruebas al verse desobedecido por una faccion tan pequeña como intrigante, juró é hizo jurar obediencia á Pascual y sus sucesores, condenando como cismáticos á Alejandro III con los suyos.

No obstante, los romanos se declararon en favor de Alejandro y llevaron á cabo una reaccion tan completa, que el Padre Santo, cediendo á sus ruegos, pudo volver á su capital, donde fué recibido con grandes muestras de regocijo.

De esta manera quedó restablecida la paz, hasta que el Emperador, resuelto á sostener al antipapa, entró en Italia en son de guerra.

Las tropas de Alejandro fueron derrotadas; los alemanes se apoderaron de Aucona, y el mismo Emperador ocupó á Roma, instaló en ella al antipapa, y fué coronado por éste en la iglesia de San Pedro *ad Vincula*.

La justicia de Dios se habia mostrado contra-ria á la causa de los buenos; pero el efímero triunfo de los cismáticos hizo más patente su castigo.

El día anterior al de la coronacion del Emperador, el ejército alemán fué acometido de una epidemia que causó millares de víctimas y obligó á Federico á retirarse con los restos de sus

tropas, que en su retirada sufrieron tambien una violenta embestida de los lombardos.

El Papa Alejandro III, casi siempre errante y fugitivo, atendió con tanta sollicitud á las necesidades de la cristiandad y sostuvo con tal firmeza los derechos de la Iglesia, que, no solo le ganaron la admiracion de su época y la gloria de la posteridad, sino que al fin le valieron el triunfo en aquella guerra sin tregua que le hizo el Emperador Federico.

En cambio el antipapa Pascual murió miserablemente, despues de haber afligido á la Iglesia con su cisma por espacio de seis años (1).

XIV.

Leopoldo, duque de Austria.

(MURIO AÑO 1194 DE N. S. JESUCRISTO.)

Ricardo, Corazon de Leon, rey de Inglaterra, el héroe de la tercera Cruzada, fué víctima, á su

(1) BARONIO. A. C. 1164 y 1170.

vuelta de Tierra Santa, de un atentado incalificable por parte de Leopoldo, duque de Austria, resentido todavia por las disidencias que ocurrieron entre ambos en Palestina, y con cuyo motivo se patentizó una vez más la accion de la justicia divina contra los que desprecian los anatemas de la Iglesia.

En efecto: el rey Ricardo, á fin de no encontrarse con el emperador Enrique VI, que le era desafecto y que ocupaba con un formidable ejército la Pulla, tomó el camino de Dalmacia; pero habiendo naufragado en el golfo de Venecia, tuvo que continuar su camino por tierra á través de los Estados del duque de Austria. Aunque disfrazado de templario, fué conocido y presentado al duque, que le encerró en Viena en una estrecha prision, vendiendo luego su cautividad á Enrique VI, emperador de Alemania, que la compró con el fin de vender más cara á los ingleses la libertad de su valeroso Monarca.

El Papa Celestino III, cediendo á las vivas y reiteradas instancias de la reina Leonor, madre de Ricardo, escribió énérgicamente al emperador y al Duque, que habian incurrido, por otra parte, en la excomunion fulminada contra todos cuantos atentasen á la persona y bienes de los cruzados.

No obstante, el Monarca inglés, después de un año de cautividad, tuvo que pagar parte de un rescate excesivo, dejando rehenes por el resto.

El duque Leopoldo, principal autor de aquel atentado, más propio de un pirata que de un monarca y caballero, y que violó las leyes de la Iglesia, con desprecio de los anatemas de la Santa Sede, sintió bien pronto sus efectos.

Aquel mismo año todas las ciudades del ducado de Leopoldo fueron incendiadas, sin que se sepa aún la causa de aquel desastre. El Danubio salió de madre y extendiéndose en devastadora inundación, arrebató á más de diez mil personas, que perecieron ahogadas. Significó luego una gran sequía y una plaga de gusanos que devoraban los pastos, concluyendo aquel castigo visible del cielo con una epidemia que produjo una gran mortandad.

Poco después el duque Leopoldo sufrió una caída de caballo, y se fracturó una pierna. La gangrena hizo necesaria la amputación, pero el remedio fué ineficaz para contenerla, y el duque Leopoldo murió reconociendo su falta (1).

(1) RICARD: *Fin tragique des perscuteurs de l'Eglise*, parte 3.ª cap. V.—BÉBAUL-BERCASTEL: *Historia general de la Iglesia*, traducida por Buldú, lib. XXXVIII.

XV.

Enrique VI, el Cruel, emperador de Alemania:

(MURIO AÑO 1197 DE N. S. JESUCRISTO.)

Apenas subió al trono Enrique VI, hijo de Federico Barbaroja, se apresuró á hacerse coronar por el Papa Celestino III, jurando conservar intactos los derechos de la Iglesia y restituir á la Santa Sede todo cuanto se la había usurpado en los reinados anteriores. Poco tiempo después, el Emperador, faltando á su juramento, invadió la Palla y las Dos Sicilias, de que el Papa era señor temporal, y distribuyó á sus favoritos la mayor parte de las provincias de los Estados de la Iglesia. En esta invasión cometió tales violencias con los habitantes de Palermo por haber entregado la Emperatriz su esposa á

Tancredo, que aspiraba á la soberanía de aquellas provincias, que le valieron el sobrenombre de *Cruel*. Despues se apoderó de Sibila, viuda de Tancredo, de su hijo Guillermo y de los principales del país, y por una horrible perfidia encerró á aquella princesa, hizo sacar los ojos á su hijo, y trató inhumanamente á los demás prisioneros.

A tanta crueldad añadió Enrique una insaciable avaricia. El rey de Inglaterra, Ricardo, Corazón de Leon, que por su bravura en los campos de batalla fué llamado el héroe de la tercera Cruzada, habia caido, á su vuelta á Europa, en poder de Leopoldo, duque de Austria. Por un odioso tráfico, Enrique VI compró á Leopoldo la cautividad de Ricardo, con el objeto de vender más cara su libertad á los ingleses. El Emperador fué excomulgado por esta infamia y por haber usurpado los Estados de la Iglesia; y aunque no hizo caso de la terrible sentencia lanzada contra él por el Papa, sintió bien pronto sus terribles efectos.

Pocos años despues Enrique VI invadió la Italia y cometió tantas crueldades, que la emperatriz Constanca, su mujer, levantó un ejército contra él, le hizo prisionero y le encerró en un castillo en Messina, donde murió, segun dicen

algunos, envenenado por la Emperatriz, su propia esposa (1).

XVI.

Lando Sitino, antipapa bajo el nombre de Inocencio III,

(MURIO EN EL SIGLO XII.—SE IGNORA EL AÑO)

El visible castigo del Emperador Federico I; la sumision del mismo á la Santa Sede; el fin funesto de los antipapas Víctor IV y Pasenal III, y la reconciliacion del nuevo antipapa Calixto III con el legítimo Pontífice Alejandro III, no fueron bastantes á tarminar el cisma que á fines del siglo XII afligió á la Iglesia por espacio de veinte años.

En efecto: apenas se sometió el antipapa Calixto á la autoridad de Alejandro III, un her-

(1) ROGER: in *Annal.*—BARONIO, A. C. 1186 y siguientes.

mano del antipapa Víctor IV indujo á los cismáticos á suscitar un nuevo antipapa, recayendo la eleccion en Lando Sitino, de la familia de los Frangipani, que tomó el nombre de Inocencio III.

No obstante, este último esfuerzo de los cismáticos no dió resultado; porque, privados del apoyo del Emperador, y disminuido su partido desde que se firmó la paz entre la Iglesia y el imperio, el nuevo antipapa tuvo que encerrarse en un castillo próximo á Roma, propiedad del hermano del antipapa Víctor IV.

Al poco tiempo, Alejandro III logró apoderarse del castillo y del antipapa, y Sitino fué encerrado en el monasterio de Cave, donde murió.

CAPITULO TERCERO.

SIGLO XIII.

SUMARIO.—I. Juan sin Tierra, rey de Inglaterra.—II. Otton IV, emperador de Alemania.—III. Pedro de Vignes.—IV. Federico II, emperador de Alemania.—V. Juan de Colonna, cardenal.—VI. Jacobo de Hungría, hereje.—VII. Ezzelino de Romano.—VIII. Enrique 6 Encio, rey de Cerdeña.—IX. Tadeo de Suessa.—X. Gerardo Segarelli, hereje.

I.

Juan sin Tierra, rey de Inglaterra.

(MURIO AÑO 1216 DE N. S. JESUCRISTO.)

El siglo XIII no comenzaba bajo buenos auspicios para la Iglesia.

Los Monarcas y los pueblos, desconociendo los grandes servicios que debian á la Santa Sede, pretendian ya sacudir como un yugo enojoso la proteccion de los Pontífices, y sustituir la